

LECCION XX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—DEL PURGATORIO.

Exposicion de la creencia católica.—Pruebas de esta creencia.—El Antiguo Testamento.—El Nuevo Testamento.—Tradicion de la Iglesia.—Tradicion de las sectas separadas.—Tradicion de los gentiles.—La razon.—Ventaja social de este dogma.—Motivos de orar por los difuntos.—La gloria de Dios.—La caridad.—La justicia.—Nuestro interés personal.

Hemos visto en la leccion anterior que el purgatorio es el lugar donde las almas de los justos, salidas de este mundo sin haber satisfecho suficientemente á la Justicia divina por sus faltas, acaban de expiarlas antes de ser admitidas á gozar la dicha eterna; porque es de fe que nada mancillado podrá entrar en el cielo. El dogma del purgatorio es una de las verdades mas consoladoras de la Religion, y para unirse al segundo Adan, nuestro espíritu debe creerla como todas las que nos ha revelado. Naturalmente estamos inclinados á admitirla; ¡es tan grato pensar que la muerte no rompe los lazos que nos unen á nuestros hermanos, y que podemos serles útiles aun despues de haber dejado la vida! Así pues, las pruebas que vamos á dar no tienen por objeto vencer nuestra repugnancia en creer esta verdad, sino fortalecer y consolar nuestra fe, demostrando que es bien fundada.

Principiemos por exponer lo que debemos creer sobre el purgatorio.

La Iglesia católica, reunida en el Concilio de Trento, nos enseña con este motivo cuatro verdades: *la primera*, que despues del perdón de la culpa del pecado y de la pena eterna, alcanzada de Dios en el sacramento de la Penitencia, falta aun, ordinariamente hablando, que padecer una pena temporal; *la segunda*, que cuando no se ha satisfecho en este mundo, se puede y debe padecerse despues de la muerte en el purgatorio; *la tercera*, que las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden ser útiles á los muertos, aliviar y abre-

viar sus penas, y la *cuarta*, que el sacrificio de la misa es propiciatorio, y que tiene por consiguiente la virtud de borrar los pecados, y satisfacer á la Justicia divina por los vivos y los muertos<sup>1</sup>. Luego es un artículo de fe que hay un purgatorio, y que podemos aliviar las almas que acaban de purificarse allí por medio de nuestras oraciones, nuestras buenas obras y el santo sacrificio de la misa. Pues bien, profesando esta interesante verdad, asociamos nuestra fe á la de todos los siglos, fe invariable porque está basada en la misma palabra de Dios que no se cambia.

PRUEBA PRIMERA DEL PURGATORIO. — *El Antiguo Testamento*. Algunos soldados pertenecientes al ejército de Judas Macabeo habian arrebataado, contra la prohibicion de Dios, en los templos de Samnia objetos consagados á los ídolos, y los habian ocultado bajo sus vestidos en el momento de una batalla en la cual todos ellos perdieron la vida. Descubrióse su falta, que se miró como la causa de su muerte, en el instante en que iban á enterrarlos, y creyendo Judas Macabeo que habia motivo para pensar que no habian conoci-

<sup>1</sup> Si quis post acceptam justificationis gratiam, cuilibet peccatori pœnitenti ita culpam remitti et reatum æternæ pœnæ deleri dixerit, ut nullus remaneat reatus pœnæ temporalis exsolvendæ vel in hoc sæculo, vel in futuro in purgatorio, antequam ad regna cœlorum aditus patere possit; anathema sit. (Sess. VI, can. 30).

Si quis dixerit totam pœnam simul cum culpa remitti semper à Deo, satisfactionem pœnitentium non esse aliam quam fidem, qua apprehendunt Christum pro eo satisfecisse; anathema sit. (Sess. XIV, can. 12).

Si quis dixerit missæ sacrificium tantum esse laudis; et gratiarum actionis, aut nudam commemorationem sacrifici in cruce peracti, non autem propitiatorium; vel soli prodesse sumenti: neque pro vivis et defunctis, pro peccatis, pœnis, satisfactionibus et aliis necessitatibus offerri debere; anathema sit. (Sess. XXII, can. 3).

Estos decretos son sumamente sabios. El Concilio no decide si el purgatorio es un lugar particular en el cual están encerradas las almas, de qué modo son purificadas, si por medio del fuego ó de otra suerte, cuál es el rigor de sus penas ni su duracion, hasta qué punto las alivian las oraciones, las buenas obras de los vivos ó el santo sacrificio de la misa; si este sacrificio efectúa su libertad *ex opere operato*, ó de otro modo; si aprovecha á todas en general, ó únicamente á aquellas por quienes individualmente se ofrece, etc. Cada teólogo puede tener su opinion sobre estas diferentes cuestiones, pero no son dogmas de fe ni de una certidumbre absoluta, y nadie está obligado á adherirse á ellas. (Holden, *De Resol. fid.*, lib. II, c. 6, § 1 et 2; Veron, *Regul. fid. cathol.*, c. 2, § 3, n. 5, et § 5; Bossuet, *Exposicion de la fe*, art. 8; Bergier, art. *Purgatorio*).

do bastante la ley para comprender la gravedad de su infracción, ó que se habian arrepentido delante de Dios antes de espirar, mandó hacer una cuesta y trasladar el dinero á Jerusalem, para que se ofrecieran sacrificios por sus pecados; *considerando*, dice la Escritura, *que está reservada una gran misericordia á los que mueren en la piedad. Luego es una santa y saludable idea el orar por los muertos para que sean libres de sus pecados*<sup>1</sup>. Así pues, se creía entre los judíos que era piadoso y saludable ofrecer sacrificios por los muertos para que fuesen libertados de sus pecados. El historiador Josefo nos indica bastante que esta creencia se conservaba en su tiempo, cuando atestigua que los judíos no oraban por los que se habian suicidado<sup>2</sup>. Pues bien, no oraban indudablemente por los que estaban ya en el seno de Abraham, donde ninguna necesidad tenían de oraciones, ni por los que estaban en el infierno, donde las oraciones son inútiles. Creían, pues, en un estado medio entre uno y otro, y á este estado medio llamamos purgatorio.

PRUEBA SEGUNDA.— *El Nuevo Testamento*. Si la costumbre de ofrecer sacrificios y de orar por los muertos, que supone la creencia del purgatorio, no fuese, como pretende Calvino, mas que una invención de Satanás, ¿cómo es que hallándola establecida Jesucristo, no desengañó nunca á los judíos? ¿Cómo no precavió á sus discípulos contra esta tradición ilusoria, falsa y supersticiosa? Aun mas, sabía que todos los cristianos la seguirían religiosamente durante siglos; que al renovar todos los dias el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, pedirían con fervor su aplicación por las almas pacientes de sus hermanos finados; lo sabía y no les previene; ¿qué digo? él mismo aprobó y recomendó esta práctica á sus discípulos, y confirmó su fe en el purgatorio. Un dia les dijo: *Y todo el que dijere palabra contra el Hijo del Hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro*<sup>3</sup>. Luego hay pecados que son perdonados en el siglo futuro, pues de otra suerte nada significaría la expresión del Salvador. Pues bien, como el pecado no puede ser perdonado en el siglo futuro en cuanto á la culpa y á la pena eterna, puede por consiguientemente

<sup>1</sup> II Mach. XII, 46.

<sup>2</sup> Guerra de los judíos, c. 91. — Mr. Drach, *De la oracion por los muertos entre los judíos*.

<sup>3</sup> Matth. XII, 32.

te serlo en cuanto á la pena temporal; pero este perdón no tiene lugar en el cielo, donde nada mancillado podrá penetrar, ni en el infierno, donde *no hay ya redención*: luego entre el cielo y el infierno hay un lugar medio donde se cumple este perdón. Y á este lugar damos el nombre de purgatorio.

PRUEBA TERCERA.— *La tradición de la Iglesia católica*. No solamente nuestro Señor confirmó la fe de los Apóstoles en el purgatorio, y aprobó y recomendó la práctica de orar por los muertos, sino que les mandó tambien que predicasen la misma verdad y estableciesen el mismo uso. Así debe ser de toda necesidad, si está demostrado que los Apóstoles enseñaron á la Iglesia á orar por los muertos. Sí, está demostrado; es un hecho cierto como la existencia del sol, que desde los Apóstoles la Iglesia no ha cesado de ofrecer oraciones y sacrificios por sus hijos finados. Prolijo sería citar aquí todos los testimonios de los Padres y de los autores eclesiásticos que sientan la perpetuidad de esta interesante costumbre, y nos limitaremos á algunos. «Reuníos, dicen las constituciones apostólicas, en los cementerios, leed allí los Libros sagrados; y cantad salmos en honra de los Mártires y de todos los Santos, y por vuestros hermanos que murieron en el Señor, y ofreced en seguida la Eucaristía<sup>1</sup>.»

Tertuliano, que vivió tan cercano á la época de los Apóstoles, habla con frecuencia de la oración por los muertos, y dice que esta costumbre está fundada en la tradición<sup>2</sup>. San Cipriano, aludiendo á las oraciones por los muertos, escribe estas notables palabras: «Los obispos, nuestros predecesores, habian mandado ya que ninguno de nuestros hermanos nombrase por testamento tutor ó curador á un eclesiástico, y que si alguno lo hiciere, no se orase por él, ni se celebrase el sacrificio por el descanso de su alma<sup>3</sup>.» La decisión de los obispos anteriores á san Cipriano supone la práctica establecida de orar por los muertos, y nos indica la apostolicidad de su origen.

Héla aquí con todas sus letras en san Crisóstomo: «No fué sin razón el que los Apóstoles ordenaran que al celebrarse los terribles misterios se hiciera conmemoración de los difuntos, porque sabian cuánta utilidad y provecho reporta á los muertos<sup>4</sup>.» San Agustín,

<sup>1</sup> Lib. VI, c. 30.

<sup>2</sup> De Coron. 3.

<sup>3</sup> Epist. IX.

<sup>4</sup> Homil. LIX ad popul. Antioch.

que compuso un tratado sobre nuestros deberes hácia los muertos, en que se mencionan sin cesar las oraciones por ellos, se expresa de este modo: «Las pompas fúnebres, el esplendor que las rodea y el «esmero suntuoso en la estructura de los mausoleos, aunque no sean «de ninguna utilidad á los difuntos, pueden ser en cierto modo un «consuelo para los vivos; pero de lo que no debemos dudar es que «las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio y las limosnas les pro- «porcionan un alivio, y les alcanzan el ser tratados mas misericor- «diosamente de lo que habian merecido, porque la Iglesia univer- «sal, instruida por la tradicion de sus Padres, observa que en el pa- «raje del sacrificio en que se hace mencion de los muertos, se ora y «se ofrece por todos los que murieron en la comunión del cuerpo de «Jesucristo <sup>1</sup>.» El mismo Padre coloca, en su obra contra las here- «jías <sup>2</sup>, á Aerio entre los herejes, como lo habia hecho antes que él san Epifanio, por haber negado, contra la doctrina y la tradicion de todos los siglos, la utilidad de orar por los muertos, atestiguán- donos tambien uno y otro que era considerada en la Iglesia como una de las verdades reveladas y conocidas por tradicion apostólica.

San Isidoro nos lo enseña en estos términos: «Por cuanto la obli- «gacion del sacrificio y la oracion por el descanso de los fieles que «murieron se hace en la Iglesia en toda la tierra, creemos que los «Apóstoles nos dejaron por tradicion esta costumbre. Si, la Iglesia «la observa en todo lugar, y es cierto que si no creyera que los «fieles pueden alcanzar el perdon de sus pecados, no haria limos- «nas para alivio de sus almas, ni ofreceria á Dios por ellos el sa- «crificio <sup>3</sup>.»

Finalmente, san Cirilo de Jerusalem, al explicar á los fieles el uso de orar por los muertos, dice: «Oramos por nuestros padres y nues- «tros obispos, y en general por todos los que entre nosotros salieron «de esta vida, con la firme esperanza de que reciben un grandísimo «alivio con las oraciones que se ofrecen por ellos en el santo y terri- «ble sacrificio <sup>4</sup>.» Seria inútil multiplicar los testimonios, pues los jefes de la Reforma protestante confiesan la existencia del purgatorio y la perpetuidad de la oracion por los difuntos. «Hace mas de mil

<sup>1</sup> Serm. CLXXII.

<sup>2</sup> Hæres. 53, 75.

<sup>3</sup> Libro de los oficios divinos, c. 413.

<sup>4</sup> Catec. V.

«trescientos años, decia Calvino, que ha sido costumbre el orar por «los muertos <sup>1</sup>.» «En cuanto á mí que creo firmemente, decia Lute- «ro, me atreveré á decir mas; yo que sé que el purgatorio existe, «estoy pronto á persuadirme de que la Escritura hace mencion de «él. Todo lo que sé del purgatorio es que las almas padecen allí y «pueden ser aliviadas con nuestras obras y oraciones <sup>2</sup>.»

PRUEBA CUARTA.—*Tradicion de las sectas separadas de la Iglesia.* Las liturgias de la mayor parte de las sectas que vamos á citar, aun- que no se hayan escrito hasta el siglo IV, datan sin embargo de la época de los Apóstoles <sup>3</sup>. Hé aquí cómo se expresa la liturgia <sup>4</sup> de los Nestorianos de Malabar: «Acordémonos de nuestros padres, de «nuestros hermanos, y de los fieles que salieron de este mundo en la «fe ortodoxa; roguemos al Señor que los absuelva, les perdone sus «pecados y prevaricaciones, y les haga dignos de participar de la «felicidad eterna con los justos que se conformaron á la voluntad «divina.»

La liturgia de los Nestorianos caldeos: «Recibid esta oblacion, «Dios mio, por todos los que lloran, que están enfermos, que pa- «decen en la opresion, las calamidades, las dolencias, y por los di- «funtos que la muerte separó de nosotros... Perdonad los delitos y «pecados de los que murieron; os lo pedimos por vuestra gracia y «vuestra eterna misericordia.»

La liturgia de los Armenios presenta bellisimas oraciones por los vivos y los muertos en general. El diácono exclama dirigiéndose á todos los fieles: «Pedimos que se haga mencion en este sacrificio de «los fieles en general, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, que «murieron con la fe en Jesucristo.—Acordaos, Señor, y tened pie- «dad de ellos,» responde el coro.—El presbítero solo: «Dadles el «descanso, la luz y un lugar entre vuestros Santos en vuestro rei- «no celestial, y haced que sean dignos de vuestra misericordia.»

La liturgia de los Griegos contiene esta recomendacion por los muertos: «Os ofrecemos tambien por el descanso y la libertad del «alma de vuestro siervo N.... para que esté en el lugar luminoso don-

<sup>1</sup> Inst. lib. III, c. 5, § 70.

<sup>2</sup> Disputa en Leipsik, 6 de julio de 1519.

<sup>3</sup> Véase Bergier, art. *Liturgia*.

<sup>4</sup> La liturgia es el conjunto de oraciones, ritos y ceremonias que componen el culto divino.

«de no hay dolor ni gemido, y hagais que descanse, ó Señor Dios «nuestro, en el lugar donde brilla la luz de vuestro rostro.»

La liturgia de Alejandría, ó de los coftos jacobitas, hace conmemoracion de los muertos en estos términos: «Acordaos, Señor, de «todos los que se durmieron y acabaron sus dias en el sacerdocio, «como tambien de todo el órden de los láicos. Dignaos, Señor, con- «ceder el descanso á sus almas en el seno de Abraham, Isaac y Ja- «cob; introducidlos en el paraíso de delicias, en esa morada de don- «de están desterrados el dolor, la tristeza y los suspiros del corazon, «y donde brilla la luz de vuestros Santos.» Los mismos votos y las mismas oraciones se encuentran en las liturgias de las demás sectas separadas de la Iglesia, tales como los abisinios, los sirios<sup>1</sup>, etc.

Luego es un hecho evidente, y así lo atestiguan todas las liturgias, que desde los tiempos apostólicos, no solamente los cristianos de la Iglesia católica, sino tambien los de las comuniones separadas, han recitado y recitan oraciones por los muertos en la celebracion de los santos misterios. Ahora bien, este acuerdo unánime de todos los cristianos, esta uniformidad de todas las liturgias, suponen necesariamente un origen comun, igualmente reconocido de amigos y enemigos, de católicos y disidentes; una autoridad mas sagrada á los ojos de los herejes que la de la Iglesia á la cual se negaban á someterse; una autoridad, en fin, que es imposible concebir y encontrar en otra parte que no sea en la doctrina de los Apóstoles. Luego á su doctrina y á la de su divino Maestro es preciso referir la costumbre universal de orar por los muertos, la creencia de la utilidad de estas oraciones y la del purgatorio que es inseparable.

PRUEBA QUINTA.—*La tradicion de los gentiles.* El dogma del purgatorio es una de esas verdades esenciales que pertenecen á la revelacion primitiva, y que la tradicion de nuestros primeros padres ha transmitido á todos los pueblos de la tierra. Platon<sup>2</sup> distingue entre los muertos los justos que gozan de una dicha eterna, los malos que padecen suplicios igualmente eternos, y los desgraciados cuyos pecados son curables, y que solo son castigados para hacerse mejores: lo que está conforme con la creencia de los judíos y los cristianos ca-

<sup>1</sup> *Perpetuidad de la fe*, t. V, pág. 610; *Discusion amistosa*, t. II, página 237; Morin, *Oracion por los muertos*; *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. II, pág. 12.

<sup>2</sup> En el *Gorgias*.

tólicos. La misma doctrina se encuentra en Virgilio<sup>1</sup>. Segun san Justino<sup>2</sup> y Tertuliano<sup>3</sup>, los antiguos gentiles ofrecian sacrificios por los muertos, y empleaban ciertos ritos expiatorios para restablecerlos en su primera inocencia. Como se ignoraba la suerte de cada uno de los que dejaban la vida, se oraba generalmente por todos, y en las esquelas que enviaban para anunciar la defuncion de alguno, no omitian el hacer su elogio, para inducir á rogar por el<sup>4</sup>. Habia una liturgia, y fórmulas de oraciones para los difuntos, é invocábase á los Santos en su favor, como lo prueban diversas inscripciones grabadas sobre los sepulcros. Hé aquí algunas: «Almas celestiales, venid en su auxilio; los dioses te sean propicios.» «Manes santísimos, «os recomiendo á mi esposo; dignaos serle indulgentes<sup>5</sup>.» Todos los pueblos gentiles de Oriente y Occidente han tenido costumbres semejantes.

Así pues, los gentiles, los judíos y los cristianos están acordes en reconocer el dogma del purgatorio. Todas las naciones de la tierra y todos los siglos repiten á su modo: «Es un santo y saludable pensamiento el orar por los muertos, para que sean libres de sus pecados<sup>6</sup>.» Ahora bien, preguntaremos al protestante y al impío: ¿Qué sois vosotros para rechazar una creencia tan general y constante? ¿Qué teneis que oponer á la fe del mundo entero?

PRUEBA SEXTA.—*La razon.* Si á tantas autoridades no fuera superfluo añadir una nueva prueba, la sacaríamos de la idea que nos da la Escritura de la justicia de Dios, diciéndonos que Dios dará á cada cual segun sus obras. Preguntamos: ¿es justo que un pecador que ha vivido en el desórden durante toda su vida, que se convierte sin embargo al morir, y que es restablecido al estado de gracia por medio de una penitencia sincera, sea tan abundantemente recompensado, y goce tan pronto de la dicha eterna, como un justo que ha perseverado durante toda su vida en la práctica de la virtud, y muere con los sentimientos de un perfecto amor hácia Dios? Este plan de justicia divina no entró jamás en un espíritu sensato<sup>7</sup>. Añadamos

<sup>1</sup> *Aeneid.* lib. VI, v. 33.

<sup>2</sup> *Apol.* II.

<sup>3</sup> *De Spect.* c. 12.

<sup>4</sup> *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. II.

<sup>5</sup> *Id.* t. I, pág. 270, y t. II, pág. 124.

<sup>6</sup> *II Mach.* XII, 46.

<sup>7</sup> Bergier, art. *Purgatorio*.

que si el error fué jamás útil, el purgatorio es ciertamente una gran verdad. En efecto, el Salvador confirmando, y la Iglesia conservando con tanto cuidado este dogma precioso y la interesante costumbre de orar por los muertos, han contribuido mas de lo que se piensa á mantener entre los vivos la caridad, garantía de todas las virtudes y base de la paz pública. Es muy digno de advertir que la caridad, que es el alma del Cristianismo, disminuye entre los vivos á medida que se extingue con respecto á los muertos.

La costumbre de orar por ellos nos despierta un tierno recuerdo de nuestros parientes y bienhechores, inspirándonos respeto hácia sus postreras voluntades; contribuye á la union de las familias, llamando á los miembros dispersos sobre el sepulcro de sus padres; con frecuencia los reconcilia, ó están muy próximos á amarse cuando lloran juntos, y finalmente amortigua en nosotros la fiebre de las pasiones recordándonos la nada de todo lo que no es Dios. Lo que hacen los herejes é impíos combatiendo y destruyendo esta piadosa costumbre es resistir á la inclinacion mas sagrada de la naturaleza, y pisotear la tradicion mas universal y respetable.

MOTIVOS DE ORAR POR LOS MUERTOS. 1.º *La gloria de Dios.* ¿Somos sensibles á la gloria de nuestro Padre celestial? ¿Nos interesan los ultrajes y la ingratitud de que es objeto de parte de tan gran número de hombres y hasta de cristianos? Alivemos las almas del purgatorio, apresuremos su libertad, enviemos al cielo tantos adoradores como podamos y de los cuales el menos perfecto sobrepuja en perfeccion á todos los santos de la tierra; y resarcirán al Señor de la pérdida de tantas almas que todos los días le deshonran y se pierden, le darán por nosotros y en nuestro nombre la gloria que con excesiva frecuencia le hemos arrebatado, consolarán al nuevo Adán uniéndose inseparablemente á él como los miembros á su cabeza, pues él mismo no les castigó sino con pesar, y espera y desea que desarmen su justicia. ¿Podemos dudarle cuando en las divinas Escrituras se queja de que no le desarmen al querer castigar á los pecadores, que son sus enemigos?

2.º *La caridad.* Estos muertos no pertenecen tan solo al Señor, sino que nos pertenecen tambien á nosotros mismos, pues son nuestros hermanos en la fe; igual vocacion les separó de los infieles, el mismo signo de adopcion les fué impreso; fueron lavados con la misma sangre, alimentados con el mismo pan, santificados por la misma palabra y por los mismos Sacramentos. Aunque entrados an-

tes que nosotros en la mansion de la eternidad, no han dejado de formar parte de la misma Iglesia; el sagrado lazo de la caridad cristiana continúa uniéndonos á ellos, y por esto la tierna madre, de que todos somos hijos, los recomienda cada dia al Señor en el augusto sacrificio, y les aplica las oraciones y buenas obras que se practican en la tierra. Son nuestros hermanos segun la carne; quizás son nuestros pastores, los que han formado nuestra infancia para la piedad, los que nos han proporcionado tantas veces el pan del alma, los que han abreviado sus dias por la actividad de su celo y de su solicitud hácia nosotros; quizás son nuestros parientes, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos; hé aquí á los que sufren, y sufren mucho, quizás solo por habernos amado demasiado, mientras nosotros gozamos de la vida que nos han dado, de los bienes que nos han dejado; hé aquí á los que entre las llamas elevan hácia nosotros sus manos y voces suplicantes, gritándonos: ¡ Tened piedad de nosotros! ¡ tened piedad de nosotros! ¡ vosotros al menos que fuisteis nuestros parientes y amigos!

3.º *La justicia.* Descendamos al fondo de nuestra conciencia y preguntémosnos formalmente á nosotros mismos: Entre este gran número de almas, ¿no hay alguna que esté en el purgatorio por causa mia? Con mis defectos ¿no he dado lugar á la impaciencia, á las palabras, á los actos reprobables que mi padre, mi madre, mi hermano, mi hermana, mi amigo expian tan cruelmente? Pensemos en todas las ligerezas, en todos los escándalos mas ó menos graves de nuestra vida, y si tenemos valor para tanto, digamos: Nadie en el purgatorio sufre por causa mia.

4.º *Nuestro propio interés.* Aquellas almas no han hecho mas que precedernos, lo cual es suficiente advertencia de que las seguiremos. Las seguiremos, ¿y será nuestra piedad bastante sólida, nuestra caridad bastante ardiente, nuestra vida bastante pura, y nuestra muerte bastante preciosa delante de Dios para que podamos responder de que nada retardará nuestra felicidad eterna? ¡Ah! quizás un prolongado y riguroso purgatorio es la suerte mas favorable que la mayor parte de nosotros puedan esperar. Tengamos, pues, piedad de nosotros mismos, y apresurémosnos á hacer que las almas del purgatorio sean otros tantos protectores nuestros cerca del Señor.

Libertadas por nuestros tiernos cuidados, aquellas almas bien-

aventuradas guardarán fielmente nuestros lugares en el cielo, y con el poder de sus oraciones apresurarán el momento de nuestra entrada en los eternos tabernáculos. No temamos por su parte olvido ni ingratitud, vicios desconocidos en el cielo, patria de la caridad. Si deseamos que despues de la muerte las almas del purgatorio nos salgan al encuentro y nos tiendan una mano victoriosa, presentémosles ahora una mano caritativa: recordemos aquellas palabras del divino Maestro: Se os tratará como habréis tratado á los demás. Además, aquellas almas no esperarán nuestra muerte para manifestarnos su agradecimiento; durante la vida, en nuestras tentaciones, en nuestras penas, en nuestra última hora, obtendrán para nosotros socorros proporcionados á nuestras necesidades, y desde este momento, ¡cuál será nuestro consuelo! ¡Ah! si el efecto de las oraciones y de los sacrificios de la Iglesia nos fuesen visible, ¡cuál sería nuestra alegría al ver salir cada dia de su ardiente cárcel á algunas de aquellas almas bienaventuradas! Y ¡qué placer, si Dios se dignase revelarnos que son deudas de su libertad á nuestra piedad, á nuestras buenas obras!

La oracion por los muertos es, junto con la confesion, una de las cosas que mas echan de menos los Protestantes: «Conocí á un hermano á quien convirtió al Catolicismo nuestra creencia en el purgatorio; habia perdido á un hermano adorado en medio de un festín, y sin cesar se acordaba, para tormento de su corazon, de aquel repentino paso del placer á la tumba. Su alma necesitaba consuelo: sabia la pureza que para el cielo se exige, y en su culto no hallaba lugar intermedio entre los celestes espacios y las profundidades del abismo; sus terrores se convertian en desgarradoras angustias, el reposo huía de sus miembros; sus dias eran tristes, sus noches sin sueño, y sus pensamientos sin esperanza. El jóven perdía diariamente y se acercaba mas y mas hácia el sepulcro, hácia el sepulcro de un hermano que debia compartir con él como un lecho de familia. Ordenósele viajar; pero él decia para sí: no tendré tiempo para ir léjos; moriré en una posada, cuidado por extraños mercenarios... y cuando habré cerrado los ojos se verán obligados á registrar mis papeles para saber el nombre del viajero que acaba de pararse para siempre, y que solo necesita de un hoyo en el cementerio.

«Sus amigos unieron sus ruegos á los mandatos del médico, y el jóven escocés vino al continente; me hallaba en el mismo buque

«que él, y no tardamos en trabar conversacion, observando que habia entre nuestros caractéres muchos puntos de contacto. «Al desembarcar, nos alojamos en una misma fonda, y al cabo de algunos dias revelóme lo que habia derramado tanta tristeza sobre sus juveniles años; la muerte de su hermano y su inquietud acerca de los eternos destinos de un ser á quien tanto habia amado!... ¡Ah! me dijo, el dia de la *Commemoracion de los difuntos*, «por amor á mi hermano voy á adoptar vuestro rito! ¡Oh! cuando me será dable orar por mi hermano, respiraré, viviré para pedir cada dia la felicidad del cielo por aquel á quien tanto amé en la tierra!... Vuestro culto hace que aun despues de la muerte pueden los hombres ayudarse mutuamente; vuestras oraciones despojan al sepulcro de su terrible silencio; vosotros habláis todavía con los que han abandonado la vida; vosotros habeis conocido la debilidad humana, aquella debilidad que no es el crimen, pero que tampoco es la pureza; y entre los limites del cielo y de la tierra Dios os reveló un lugar de expiacion. Quizás mi hermano se halla en él, «y me haré católico para libertarle, para consolarme aquí abajo, para aliviarme del peso que me oprime, peso que no sentiré ya cuando me sea permitido orar. Y se hizo católico 1.»

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos revelado el dogma consolador del purgatorio; inspiradme una grande compasion hácia las almas que vuestra justicia purifica allí.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero rezar cada dia una oracion por las almas del purgatorio.

#### Fiestas cristianas.